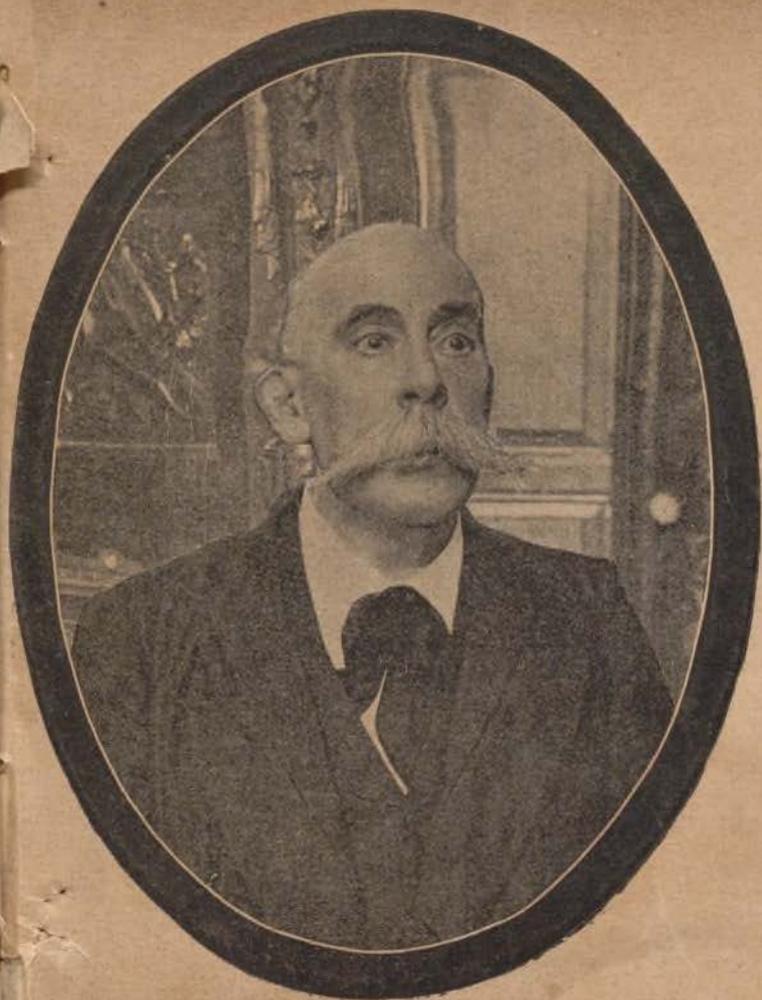


Número 8

Año I



El Album

DE MADRID

Semanario ilustrado

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: VILLANUEVA, 17, MADRID

2-JUNIO-1899

15 céntimos

Ultimo retrato de D. Emilio Castelar *Biblioteca Regional de Madrid*

EL ALBUM DE MADRID

2 DE JUNIO DE 1899

CASTELAR

Hace ya una semana que se extinguió para siempre, en el oasis de ignorada huerta levantina, la voz sublime del egregio artífice de la palabra.

Por las venas del cuerpo dolorido de la patria, circuló la trágica frase; corrió luego de pueblo en pueblo; saltó la frontera, siguiendo el camino que Castelar había abierto con la fama de su genio, y en todas partes repercutió el grito vibrante de España: ¡Ha muerto Castelar!

Palabras terribles. Eran queja y eran sollozo, eran lamentación y eran rezo. Salieron de los labios de España —la enlutada, la triste—arrancadas por el supremo dolor de verse sin el hijo insigne que la veneró con la absoluta veneración del asceta, y con la fe ardorosa del creyente meridional; que la cantó con el arte arrebatador de

su elocuencia divina. En cada sílaba, vibraba un sentimiento profundo. Era todo el Dolor. Palabras terribles. Las oía todo el mundo. Eran la noticia última del egregio artífice de la palabra, del político incorruptible, del escritor maravilloso, de aquel artista incomparable que había arrancado cien ovaciones, cien entusiasmos, cien lágrimas...

Todo el mundo culto ha rezado esa frase, porque por todo el mundo se había enseñoreado la gloria del cadáver de hoy.

...¿Qué importa, pues, el inaudito regateo de honores que para el cuerpo del ídolo, verificara alguien incapaz de sentir tanta grandeza?

En cada pecho tenía Castelar un trono, y la admiración del mundo entero se ha honrado con celebrar exequias á sus pies... Y envuelto en esa aureola de gloria, de respeto, de cariño, la Inmortalidad ha recogido en sus brazos al patricio ilustre, y desde aquel ignorado vergel, besado con el beso de oro de un sol levantino, ha elevado al genio hasta el sitial, desde donde verá prosternarse cien generaciones, conducidas hasta él de la mano de la Historia.

LA REDACCION



MARCHA TRIUNFAL

Ya viene el cortejo!
Ya viene el cortejo! Ya se oyen los claros clarines.
La espada se anuncia con vivo reflejo;
Ya viene oro y hierro el cortejo de los paladines!

Ya pasa debajo los arcos ornados de blancas minervas y martes,
Los arcos triunfales en donde las famas erigen sus largas trompetas,
La gloria solemne de los estandartes,
Llevados por manos robustas de heroicos atletas.
Se escucha el ruido que forman las armas de los caballeros,
Los frenos que masean los fuertes caballos de guerra,
Los cascos que hieren la tierra;
Y los timbaleros
Que el paso acompañan con ritmos marciales:—
Tal pasan los fieros guerreros,
Debajo los arcos triunfales!

Los claros clarines de pronto levantan sus sonos,
Su canto sonoro,
Su cálido coro,
Que envuelve en un trueno de oro
La augusta soberbia de los pabellones.
El, dice la lucha, la herida venganza,
Las ásperas crines,
Los rudos penachos, la pica, la lanza,
La sangre que riega de heroicos carmines
La tierra;
Los negros mastines,
Que azuza la Muerte, que rige la Guerra.

Los aureos sonidos
Anuncian el advenimiento
Triunfal de la Gloria;

Dejando el picacho que guarda sus nidos,
Tendiendo sus alas enormes al viento,
Los cóndores llegan. Llegó la victoria!

Ya pasa el cortejo,
Señala el abuelo los héroes al niño:—
(Ved como la barba del viejo
Los bucles de oro circunda de armiño.)
Las bellas mujeres aprestan coronas de flores.
Y bajo los pórticos véñese sus rostros de rosa:
Y la más hermosa
Sonríe al más fiero de los vencedores.
¡Honor al que trae cautiva la extraña bandera;
Honor al herido y honor á los fieles
Soldados que muerte encontraron por mano extranjera:
Clarines! Lauréles!

Las nobles espadas de tiempos gloriosos,
Desde sus panoplias saludan las nuevas coronas y lauros:—
Las viejas espadas de los granaderos más fuertes que osos;
Hermanos de aquel es lanceros que fueron centauros.
Las trompas guerreras resúenan;
De voces los aires se llenan.
—A aquellas antiguas espadas,
A aque los ilustres aceros
Que encarnan las glorias pasadas:—
Y al sol que hoy alumbrá las nuevas victorias ganadas;
Y al héroe que guía su grupo de jóvenes fieros;
Al que ama la insignia del sueo materno,
Al que ha desafiado, ceñido el acero y el arma en la mano,
Los soles del rojo verano,
Las nieves y vientos del gélido invierno,
La noche, la escarcha,
Y el odio y la muerte por ser por la patria inmortal
Saludan con voces de bronce las trompas de guerra que tocan la marcha
Triunfal.

RUBÉN DARÍO.



EXCMO. SR. D. RAIMUNDO FERNANDEZ VILLAVERDE

EL VASO DE AJENJO

A MELCHOR DE PALAU.

Con reflejos verdes,
en el vaso tiembla
el ajenjo, el grato licor de los tristes,
de los soñadores y de los poetas.
Brindemos. La dicha
en el fondo del vaso me espera;
mirad como rio
tras el irisado cristal de Bohemia.
¡Que limpio y que verde! Mi vaso de ajenjo,
tiene los cambiantes y la transparencia
de las esmeraldas
y los resplandores de los ojos de ella.
¡De ella, de la diosa
que atractiva y tierna,
me fingió un cariño de vibrantes ansias
y de amantes penas!
¡Su recuerdo grato mi cansada y triste
juventud orea,
como errante brisa que del campo viene
de perfumes llena;
y en tropel, del alma
surgen los ensueños de la edad aquella,
como mariposas que en los troncos duermen
y que el sol despierta!
¡Oh, dulces recuerdos
de la adolescencia,
ya vuestros cantares
me parecen quejas!
¡Oh, dulces recuerdos, peñeros del bosque,
que entonces endechas
desde los nidos
en las altoradas de la primavera;
volvedme a la vida
de las ilusiones y de las promesas;
que alumbren mi alma

los rayos ardientes del sol; que las selvas
respiren sus brisas cargadas de efluvios,
y cubran los troncos nidadas y yemas,
y cierren las tardes preñadas de sombras,
y se abran las noches cuajadas de estrellas

y torne á mis brazos
aquella amorosa, gentil compañera!...
¡Cuántos horizontes á mi vista se abren,
ante el limpio néctar,
que en el vaso rio
tras el delicado cristal Bohemia!
¡Oh, vaso de ajenjo!
¡Cuántas veces! ¡Cuántas! Mi amargura intensa
se apagó en tus ondas,
en sus verdes ondas, claras y serenas!
¡Bebamos! La dicha
en el fondo del vaso me espera.
¡Brindemos alegres por los que combaten
y por los que lloran y por los que sueñan!

.....
¡Oh, dulces encantos
de la adolescencia!
.....

¡Oh, ajenjo! ¡Oh, ardiente licor de los tristes,
de los soñadores y de los poetas!

COPLAS

Con una copa de vino
consuelo todas mis penas
como la copa me quiere
no encontraré quien me quiera!

.....
¡Mira si te quiero
que la rosa tuya,
se la he puesto a la virgen del Carmen
dentro de la urna!

SALVADOR G. ANAYA.

La Tierra

¡Quién fuese como tú, Naturaleza,
cuanto más desgarrada, más fecunda!
siempre, de lo que seca, ó lo que inunda,
resurge más triunfante tu grandeza.

Cada golpe del hacha en tu firmeza,
de una hermosura nueva te circunda,
y mientras cada herida es más profunda
arrojas por tus tallos más belleza.

Haces de los gusanos mariposas,
del lodo innumerosos calices de rosas,
fruta del jugo, de la rama incienso....

¡Ella es Madre inmortal que el bien ofrece;
y al ver lo grande de su amor, parece
la Tierra toda un corazón inmenso!

SALVADOR RUEDA.

¡SEMPER!

PARA GREGORIO MARTINEZ SIERRA.

A UNA MUJER

Sobre el carro de luz de la victoria,
en uelta en régia púrpura, te miro
cruzar en raudos y deslumbrante giro
por el bélico campo de mi historia.

Tu eres mi Dios; tu altar es mi memoria,
¡ante él, de hinojos, sin cesar deliro!
y son mis versos, si en tu amor me inspiró,
aureas campanas repicando á gloria.

Como en tu ser mi inspiración se encierra,
no temas al olvido. Altiva goza
el perenne verdor de tus laureles,
que eternamente cruzaras la tierra
mi corazón llevando por carroza
y mis fúrgos versos por corceles.

FRANCISCO VILLAESPESA.



ENRIQUE GOMEZ CAPRILLO



CUENTOS DEL NORTE

EL PALACIO DE MÁRMOL ROSADO

Tilia y el Trovador salieron de la mansión que había sido asolada por el alma roja del caballero, y caminaron, cogidos de las manos, con los pies descalzos, sin hablar, como dos niños pobres que tuviesen mucho miedo.

Caminaron por la llanura, durante semanas enteras, caminaron durante largos meses, caminaron, caminaron. Y la llanura, siempre roja, siempre inmensa, se extendía ante sus ojos tranquilos.

Al fin una mañana, detuviéronse en las márgenes de un lago cuyas aguas claras y pálidas, hacían pensar en un tejido de rayos de luna. Los cisnes de nieve y de ensueño, movían sus grandes alas con estremecimientos de plata, nadando hacia una barca de oro mate.

El Trovador y Tilia entraron en la barca que comenzó á resbalar dulcemente y como por encanto sobre el agua, sin que remo alguno turbase la serenidad del lago.

Por la noche los amantes percibieron un parque maravilloso cuyos árboles, mecidos por el aire indolente, producían notas de ritornelo melancólico y antiguo.

En la playa había una dama majestuosa, envuelta en un manto de púrpura constelado de estrellas de oro.

La barca se detuvo junto á la dama.

Y la dama dijo:

—Niños que así os aventuráis en el mar de la Quimera, decidme quienes soís y de donde venís.

—Venimos—repuso Tilia—del país de Campinia, en donde el alma roja del caballero, ha dado muerte á los hombres y ha incendiado las aldeas. Yo soy la reina Tilia, y este es mi Trovador.

La dama siguió hablando:

—Vosotros soís quizás los amantes de que habla la leyenda... Yo también soy reina... Soy la princesa desolada de la isla de Tule. En mi reino, todos los caballeros perecieron cuando mi padre arrojó la copa del amor, desde la almena de su castillo... Venid y veréis mi palacio de marmol rosado que tiene cien torreones de oro, y el parque misterioso que sirvió de alcoba al rey de Tule y á la reina de Bohemia... Venid... Bajo este sauce colosal reposan los restos de mi padre; bajo ese otro, los de mi madre, que fué más bella que la aurora; los caballeros fuertes bajo ese encino... Venid.

Entraron en el palacio por tres puertas de marfil; subieron por tres escaleras de marmol y llegaron á los torreones de oro.

La princesa tomó asiento y dijo á los amantes pensativos:

—Cuando yo era joven y bella, tuve la cobarde ocurrencia de salvar la isla de Tule, seduciendo á los seis reyes que la sitiaban...

Luego cantó:

—... Vinieron del país de Oriente para conquistar á Tule de las Brumas, seis reyes muy lindos, muy ricos, muy grandes, cuyos amplios mantos de seda ondulaban entre la niebla. Ante la ciudadela de cien torreones plantaron sus grandes espadas, jurando por sus seis dioses que el rey iba á morir y Tule á perder sus torreones, cuando el sol dispase la bruma. A media noche la princesa de Tule, envuelta en un velo de luna, fué al campo de los reyes enemigos conducida por el cisne immaculado, en las tinieblas de la noche; la princesa besó seis veces los ojos de los reyes extranjeros y acarició las seis frentes odiosas... Desde entonces, en las islas de las canciones, sólo hay reyes ciegos que caminan por el bosque llorando sin derramar lágrima alguna..."

«Sí, mi padre me ha condenado á vagar sin descanso, durante cien años por la isla que carece de amor... Porque en esta isla no hay amor y todas las criaturas que aquí llegan deben renunciar para siempre á las caricias y á los besos y á los deseos. Si vuestros

labios murmuran: «te amo», si vuestros suspiros cantan: «te idolatro», el alma celosa de mi padre despierta bajo el sauce y cabalga rudamente sobre los cien torreones de oro.»

Tilia y el Trovador fueron conducidos misteriosamente á la sala de la torre donde el rey se había erguido muchos años antes para matar al Amor arrojando la copa de oro al fondo del lago.

Ambos estaban tristes.

Después de contemplarse con ojos de agonía, apoyáronse en la baranda de marmol rosa, y soñaron.

«... No amarse... ¿Entonces por qué la noche acaricia al lago con ardor?... ¿Por qué todo el palacio evoca, con las rosas de su marmol, el marmol tibio de las rosas humanas?... Sin duda la princesa augusta estaba loca... ¿No es cierto, Tilia?... ¿Trovador, no es cierto?...»

Al día siguiente, cuando la princesa entró en la gran torre vió á sus dos huéspedes convertidos en estatuas de marmol rosado.

E. GOMEZ CARRILLO

Impresiones de lecturas

CANTOS SIN ECO

González Anaya es uno de los jóvenes andaluces de más talento.

Yo no conocía de él más que algunos cantares y una composición muy breve y muy hermosa, titulada *Lúbrica*. *Cantos sin eco* es su primer libro, un libro juvenil, lleno de estrofas sonoras, de versos delicadísimos; versos que, tienen para mí el especial atractivo de expresar sensaciones, presentimientos, deseos, todo lo que es hermoso y todo lo que es brillante y en los que hay besos como flores de esencia dulce y miradas refulgentes como mariposas

de luz. *La sirena*, *Hora de amor* y *Al pié de la reja* son las más bellas poesías del libro. En todas las composiciones resplandece el sol de Andalucía, abrasador, implacable. Y yo al leer el libro veo una Andalucía luminosa, brillante, que no es la Andalucía soñada, con sus grandes torres y sus monumentos evocadores de tiempos antiguos; una Andalucía con el cielo siempre alegre y siempre azul, con vinos de oro, con mujeres de talles flexibles y coplas llenas de sentimiento. Se oyen voces de una zambra lejána y tras la reja, que tiene los hierros florecidos, una mujer de ojos negros ó azules, rubia ó morena, hablando de cosas irreales, suspira ó rie, con voz dulce llena de misterios y sus palabras encantadoras, son su himno de enamorada, un himno la Amor.

BERNARDO G. DE CANDAMO.

El Soneto

Es copa de marfil, de un solo diente,
con catorce facetas armoniosas,
donde incrustan las piedras más preciosas
como dientes que muerden suavemente.

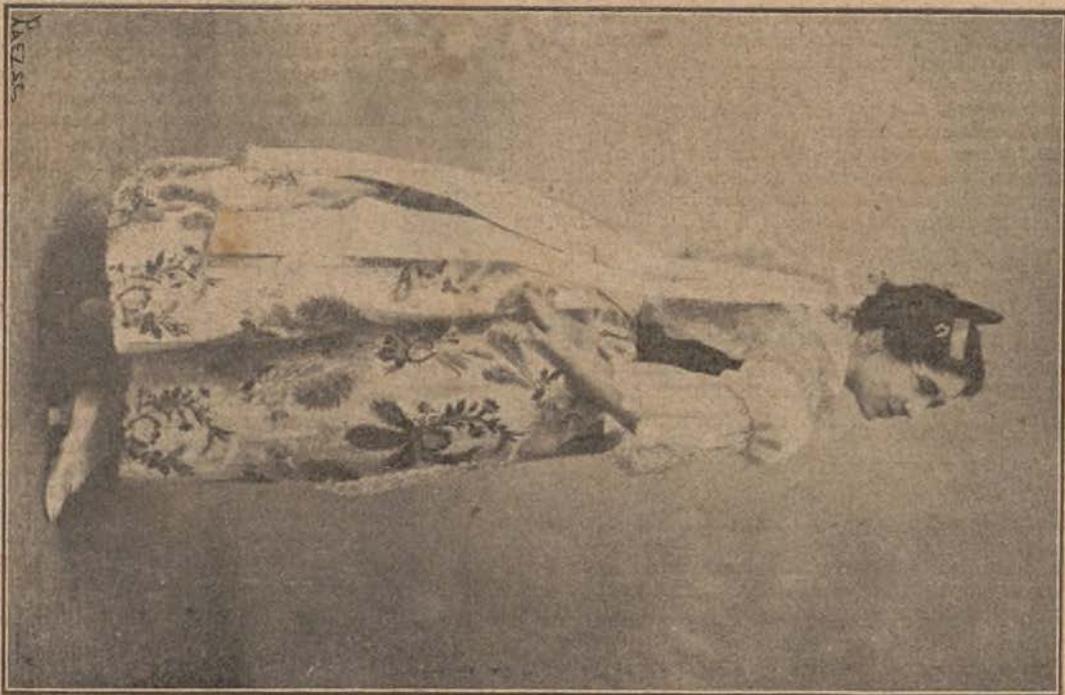
Magnífico arco iris: Como un puente
de azul, de oro, de esmeralda y rosas,
sobre el mar infinito de las cosas
tiende su arco soberbio y refulgente.

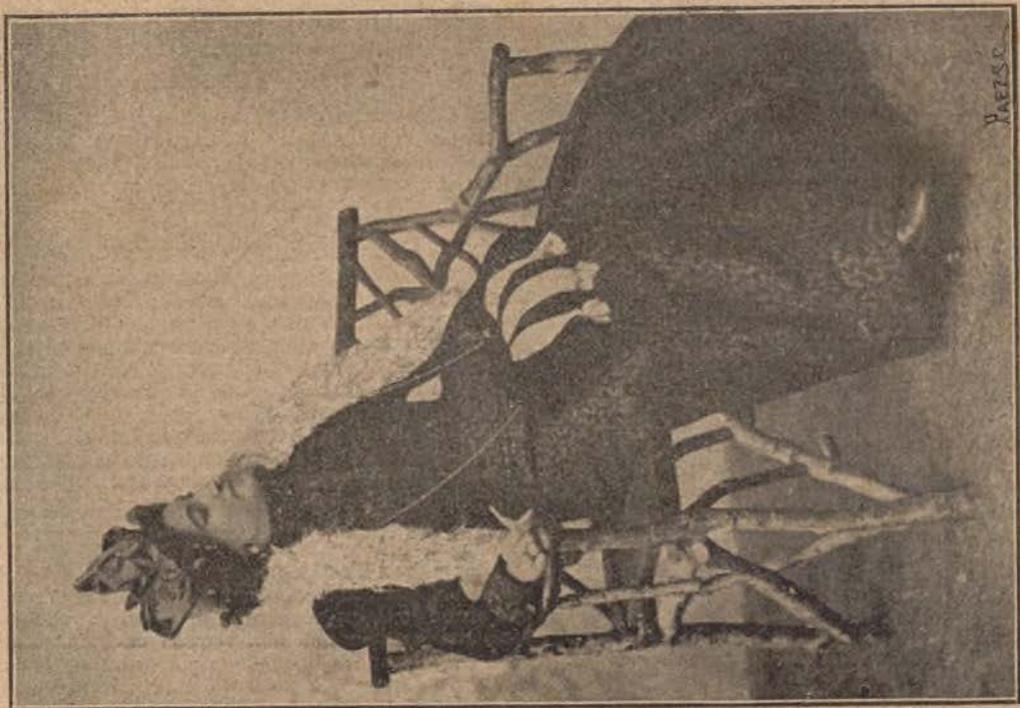
Como la flor del seto un gran jacinto
radia en la cima; el cinturón cenceño
de un cáliz; en el fondo vino tinto:

Y en la planta un amor, paje risueño
de la reina ideal ¡Soberbio plinto
que sustenta la estatua del ensueño!

MANUEL M. PINTO.

FILOMENA GARCIA





LUCRECIA ARANA

Diálogos fantásticos ⁽¹⁾

A Jacinto Benavente

I

¡SURSUM CORDA!

El Poeta

... ¡No puedo más! La tierra toda pesa sobre mi corazón... ¡Mi corazón!... Recuerdo días en que tuvo alas: alas tuvo también mi pensamiento; alas ligeras, alas diáfanas, alas potentes... Llevada por ellas, cerniéndose satisfecha y complacida mi fantasía loca, sobre mundos dorados, sobre azules atmósferas, sobre rosadas nubes... ¡Nubes de invierno cubren ahora mi empobrecido y limitado cielo! Nubes de invierno, que agrupándose en formas quiméricas, me cercan como legión de monstruos, y se amontonan, y se agrandan, y acumulan mole sobre mole, y acabarán por ahogarme bajo su terrible peso... «¡Animo!—me grita, á veces, dentro del alma, la voz que amaba yo en días mejores.—¡Animo! Son montañas de nubes; su forma es engañosa, su poder ilusorio. Rompe el frágil obstáculo y vuela!.. ¡vuela! Cuando el sol que te oculta, te acaricie de nuevo, renacerán tus alas... ¡Frágil obstáculo!..» Lo se; pero ¿y la fuerza para romper su encanto; y el poder de quererlo, que me falta? «Si quieres, vencerás.» ¡Si quieres!... Voluntad mía ¿dónde te ocultas; por qué has huído? Yo no soy nada; pesa la tierra sobre mi pecho, pesan las nubes sobre mi alma, pesan los hielos sobre mi esfuerzo...

(1) De un libro inédito del joven y brillante escritor Sr. Martínez Sierra, autor del hermoso libro *El poema del Trabajo*. Por este diálogo y algunos otros que conocemos, esperamos que el libro próximo á publicarse será un libro verdaderamente artístico y encantador.—(N. de la R.)

La Naturaleza

¡Ven conmigo! Entra en mi reino... Siempre he sido tu amiga, tu amiga cariñosa, ¿no lo sabes? ¿No recuerdas las horas que pasaste reclinado en mis brazos? Ven: envueltas en la miel de mis caricias, te haré gustar suavísimas lecciones.

El Poeta

¡Sí! Préstame tu ayuda, tu dulce ayuda, tu auxilio amante... ¡Ojalá puedan, á tu voz, disiparse las nubes! ¡Ojalá pueda mi corazón volar de nuevo! ¡Ojalá pueda llegar á las radiantes lejanías que le deslumbraron en horas de ensueño!.. Vamos... ¡Dulce maestra!

Las Plantas

Poeta, ¿sufres? ¿Te pesa la tierra, la tierra negra, la tierra fría? ¿Y la odias?.. Oye una historia: Hemos nacido en cuna florida, en cuna aérea, en cuna perfumada; tuvimos por amigas mariposas, perfumes por aliento. Se marchitó la cuna, cesó el rocío... ¡Enterradas! ¡Cómo pesa la tierra! ¡Qué implacable, qué dura, qué insensible! ¡Enemiga! Llegó la Primavera. ¿Qué ha pasado? Buscas la tierra negra... ¡Ya no es negra la tierra! Está vestida con vestidura regia, vestidura que ondula, que embalsama.— ¿Quién le ha dado á la tierra su manto de colores? Venganza de sus pobres prisioneras. ¡Dulce venganza! ¿Odias, poeta? Canta al enemigo. ¡Qué hermosa está la tierra revestida de flores!

El Sol

¡Las nubes! Te amedrentan las nubes... las nubes, y las honras con el nombre de obstáculos. ¡Cobarde! Yo amo á la tierra con amor de siglos, y cuanto cae la tarde, pongo en el postrer rayo que la envía mis más tiernas caricias. ¡Cuántas veces las montañas de nubes que hoy te abrumen se oponen á mi paso! Pudiera deshacerlas, dispersarlas, y no lo hago. Mis ardientes rayos las ciñen y las doran con franja radiante, y contemplan los

hombres asombrados los soberbios palacios que fingen con mi ayuda. ¡Viste, viste las nubes que te estorban el paso, con el áureo ropaje de tu Genio! ¡Alma cobarde la que tan sólo sabe ostentar esplendores en un cielo sereno; triste talento el que tan sólo acierta á embellecer la dicha!

El Lago

¿Me oyes, poeta? Nací muy alto... ¡allá en las cumbres, en las cumbres soberbias! Las nieves blancas fueron mis nodrizas. ¡Qué hermosa era la tierra vista desde allí arriba, qué hermosa! Yo pensé recojerla entera, y salté presuroso de mi nevada cuna, y me deslicé como plateada serpiente por la falda del monte. ¡Qué alegría! Cantaba entre guijarros, y me complacía en coronar con pomposas diademas de espuma, todas las salientes de mi camino... Mis aguas trazaron, en el terciopelo esmeralda del valle, argentadas grecas, y á mi paso brotaban en las orillas juncos floridos. Estaba en lo mejor de mi carrera: más allá de este valle estaba la llanura, la llanura que había contemplado al nacer; qué delicia sería recorrerla, espaciando las ondas entre frescos jardines y risueñas praderas. Yo soñé muchos días con llegar hasta ella, pero no pude: el valle tuvo celos, y me ha cerrado el paso con cerco impenetrable de granito; y sin poder pasar más adelante, he formado este lago, este tranquilo lago, que parece, indolente, perderse sin deseos en regiones de calma. No lo creas: mis aguas no se agitan tumultuosas, pero en tenaz trabajo, minan el duro cerco que las impide el paso, esperando vencerlas con su caricia nunca interrumpida. ¿Conseguiré mi anhelo? Acaso nunca: la lucha es larga, la labor, titánica, acaso inútil mi empeñado esfuerzo: tal vez mis aguas dormirán siempre prisioneras del valle... Y podrían, furiosas, destruirle con iracundo esfuerzo... Pero prefiero devolver bien por mal á mi tirano, y tranquilo y sereno le ofrezco mi bruñida superficie, como espejo gigante, y me complazco en pintar sus bellezas en el cristal de mis aguas, y le presto frescura

en el estío, y alimento sus flores y sus pájaros, y recojo en mis ondas la sombra de sus árboles, meciéndola entre cantos armoniosos, con caricia suave. ¿Viste la prisión de flores? Si has de ser prisionero, ¡porque arrojar sobre los muros del encierro, la negrura implacable del desconsuelo?

El Poeta

Naturaleza; amante inspiradora... ¡Sabios maestros tienes en tu reino!

La Naturaleza

¡Sabios maestros!.. Mi reino entero es lección viviente y vivificadora. Mira y escucha... Infinitas lenguas, de infinitos seres, con infinitos acentos, repiten á tu alma: ¡Sursum corda! Las cumbres de los montes se levantan erguidas y miran á los cielos, anhelando alcanzarlos; las plantas todas nacieron en la tierra, y, sin embargo, á los cielos se elevan; las que son fuertes, con soberbia arrogancia; las que son débiles, luchando decididas, se ensortijan, se abrazan á las ramas, se cuelgan á los troncos, pugnando por subir; las flores, ¡pobrecillas!, condenadas á perecer inmóviles, sin poder elevarse en vuelo rápido, envían á los cielos sus perfumes, aspiración de su alma que querría subir envuelto en ellos. ¿Ves la columna de humo que sale de la hoguera? Nació en la tierra; la tierra le adora y le llama, imperiosa; él se desata de los dulces brazos, y luchando con ella, sube á los cielos en montón de volutas... ¡Sursum corda! Poeta: mira á lo alto, que sea tu alma aroma y nube de incienso; deja á tu cuerpo prisionero en la tierra... ¡pero sube! sube tranquilo, sube ligero, sube piadoso, sube y mira á la tierra desde lo alto, y la verás hermosa... ¡todo es hermoso mirado de lo alto!.. Dáme la mano, sube conmigo, poeta... mi poeta, mi cantor siempre amado... y escucha mi lección siempre amorosa... ¡¡Sursum corda!!

G. MARTINEZ SIERRA



CAROLINA OTERO

Nuestros grabados

Enrique Gómez Carrillo.—Es el elegante *roniqueur*, el estilista brillante, el cuentista refinado y magnífico. Sus novelas parisienses son viciosas y enfermas como la juventud que las produce. Carrillo es el poeta de lo íntimo, el cisne melancólico de las horas muertas. Bonafoux y él son los sostenedores de la literatura hispano-americana en la vieja Luceia. En Madrid se le quiere y se le envidia: le quieren los luchadores, los que combaten denodadamente en la brecha por el santo ideal; le envidian los impotentes arrastrados en el *spoliarium*. En esta casa tiene el autor de *Almas y Cerebros* un templo y un altar; un templo para el compañero cariñoso y sincero, y un altar para el artista genial, soñador empedernido, «jardinero fantasma, que cruza entre flores sin saber detenerse.»

Lucrecia Arana.—Es el alma del teatro de la Zarzuela. Todos admiran á la cantante, creadora de *La Viejecita* y á la mujer elegante y graciosa.

Filomena García.—Jóven, bella, artista de corazón, cantante concienzuda: el porvenir le pertenece. Los autores y músicos del teatro de la Zarzuela, pueden estar confiados en el éxito: difícilmente encontrarán una intérprete más esmerada.

Pilar Vidal.—Esta noche celebra su beneficio esta aplaudida atriz. El teatro de Apolo estará muy concurrido.

Carolina Otero—Es una de las celebridades coreográficas más aplaudida. En París, con sus genialidades de artista, y sus incentivos de mujer apasionada, ha trastornado á la mayoría de los abonados á Folies Bergeres, y en más de una ocasión la sangre roja y tibia de la víctima voluntariamente inmolada para acallar sus rigores de diosa olímpica, ha cubierto de púrpura el marmol blanco de las mesas de la *Morgue*; Carolina es una atávica de la Roma decadente y fastuosa: si las leyes no lo impidiesen cruzaría, al morir la tarde, la avenida del Bosque, vestida de Aurora, sobre un carro de marfil y oro, arrastrado por una cuádriga de efebos voluptuosos y desnudos. O como Cleopatra surcaría las ondas en un trirreme recamado de púrpura, sin otra túnica que la formada por sus cabellos ondulantes, al caer sobre sus hombros de alabastro. Más de una vez los tribunales intervinieron en sus locuras; pero Friné humilló á sus jueces con la hermosura deslumbrante de su desnudez pagana.

D. Raimundo Fernández Villaverde.—El actual Ministro de Hacienda es uno de los pocos políticos que han salvado su nombre en esta *debacle*. Dada su laboriosidad y su entusiasmo, mucho puede esperar de él este desdichado país.

ASPIRACIÓN

¡Mi madre y tú! Con amoroso anhelo
vuestrós dos nombres sin cesar repito,
y de esos nombres al calor bendito
surge en el alma bienhechor consuelo.

En mis téticas horas de hondo duelo
y cuando en brazos del dolor me agito,
siempre oiréis vuestros nombres en el grito
que arranca al corazón el desconsuelo

Viviré del dichoso con la palma,
si llevo á verte con mi madre unida
en mi modesto hogar, en santa calma.

¡Mi madre y tú! ¡mi aspiración cumplida!
¡los dos grandes resortes de mi alma!
¡los dos grandes amores de mi vida!

FRANCISCO AQUINO

JUDAS

Labios en que Dios puso la caricia
fueron usados para hacer traiciones,
y, cediendo al gemir de las pasiones,
sellaron con su beso la injusticia.

La turba humana á la ruindad propicia,
siguió del Mal Apóstol las lecciones,
y aun hoy, después de tantas convulsiones,
es pasto la virtud de la avaricia.

Después de dos mil años de progreso,
aún se esconde la muerte bajo un beso
y triunfa el interés de la inocencia;

y son, en esta atmósfera que ahoga,
árbol la vida, la codicia sogra,

Judas el hombre y Cristo la conciencia.

RICARDO J. CATAFINEU.

PILAR VIDAL



Botín de naufragio.

Me llevó á la casa una revuelta oscura de la bohemia, y lo digo orgulloso de mí mismo, sentí mas aquellas penas que la mía.

Era un rincón maldito, creado por la quinta esencia del préstamo, un hacinamiento colorista y lujoso de cien ruinas trágicas, una barredura impía en no se cuantos hogares despoblados.

Y el frío de muerte que reinaría ya en aquellas casas desiertas, y los sueños de oro de muchos amores y las angustias infinitas de ignoradas historias, vivían con vida extravagante en aquellas notas de terciopelo, en aquellas caricias de raso, en las rosas barrocas y arrogantes de un busto de mujer, en risueños geniecillos de bronce y de plata en faustos de risa macabra, en estatuas azules, infantiles, graciosas.

No lo vi todo; sobre aquel turbión de tonos pintorescos, de armas, de cuadros, de jarrones floridos; sobre aquellas lunas biseladas que habían retratado cielos diáfanos y alegres, flotaba el perfume de muchas vidas, y la huella impalpable de mis ilusiones muertas; era como la displicente lectura de multitud de epitafios de letras quebradas y borrosas; como arañazos dejados en la piedra por un ansia perdurable de recuerdos...

Viviendo la extraña existencia de todo aquello, una fotografía con marco de *peluche* colgaba debajo de un pierrot, un bufoncillo chato y truanesco, que hacía equilibrios con un cucurucho de papel en las narices.

En la fotografía vi más que en ningún objeto la sensación fugaz y dolorosa que lo llenaba todo, era un bonito grupo de colegialas, un grupo adorable, lanzando una algarabía de carcajadas frescas en aquel antro de sórdidas codicias.

Las conté; eran veinte cabeceas travieras, insolentes de alegría; y me miraban con el ahinco y la rara fijez de la fotografía, de ese momento vital, intensamente humano.

¿Quiénes eran? ¿Por qué no me contaban sus historias? ¿Cuántas habían apresurado con un puntillón de su zapato la caída de aquellas opulencias destrozadas? Porque era de ellas de donde debió venir el dolor, el dolor con rostro de lirio blanco y alma de besos y de oraciones.

Yo lo vi entonces; en presencia de aquella niñez sorprendida, de la que no quedaba para mí otra cosa que vestigio encantador de un retrato sin nombres, pasaron relampagueantes por mis ojos notas fugaces de trajes, de flores, de bocas...

Perfumes de mujer, crujidos de raso, aleteos de abanicos vibrantes; ecos de palabras, de celos, de súplicas, de sollozos; gemidos de moribundas y besos de desposada, arrullos de madre y carcajadas de bacantes locas;... algo en fin, que me hacía respirar en la existencia de todas con una brumosa mezcla de terror y de amargura.

Sí, vivían delante de mí; reinaba un tumulto de clase una zambra de gorgoros en la reducida extensión de la cartulina; vivían ideas sonrosadas, manos inquietas, ojos brillantes, cabelleras sueltas grupos de cabezas, produciéndome la visión de un coro de ángeles, asomando sus rostros vivaces por la paleta de un artista.

Volvían á la existencia, desandando el lapso brillante y luminoso de sus historias, y otra vez estaban allí arrastrando sillas, crugiendo zapapitos, contando fábulas á media voz con tonillo romántico, fábulas de amores, de lujos, de oro:

—Érase que se era un rey!— Suspiró la narradora, para dar solemnidad á la leyenda y para acordarse de lo que seguía, quebró una plateada habra de hilo con sus dientes de ratilla, y continuó:

—Pues, hijas, este rey tenía dos coches y además cuarenta palacios digo, no, dos mil millones de palacios... y además un caballito encantado que andaba veinte leguas con cada pata, y además...

¡Oh, no hacía falta tanto! El detalle de las veinte leguas hizo que se arrastraran todas las sillas y que reinara en el corro un interés tan profundo que ya lo hubieran querido tal muchos autores dramáticos.

Pero la narradora se aturdió con este movimiento y de golpe escaparon de su cabezita de alondra todas las imágenes de la fábula; adió: todas las princesas con su agujón de oro clavado en la cabeza; adió: el castillo encantado con techo de esmeralda, y los enanos con justillo de brocado y los caballeros con armadura de diamante y las brujas con un lucero azul sobre la frente...

No; ese cuento espléndido no ha pasado nunca de ahí en este grupo: vaga aun por las fantasías de las niñas como miriada de espegeos astrales, con el nimbo misterioso de los sueños de Navidad.

Pero en este otro grupo el mismo cuento danza y brilla con ropaje de estrofas más humanas; porque aquí están las mayores, las lindas bordadoras que se fatigan con el calor de la tarde y se rien sobre el bastidor hablando de cosas gravísimas... Niñas pálidas, florecitas delicadas y dolientes, rostros tersos como el raso, frentes con la divina blancura de lo immaculado, gargantas con tintes de jazmines nuevos y senos virginales como sensitivas.

Aquí tiene el cuento encantador color de sueños, de piropos, de pro-

yeetillos, de hojas de nardo disecadas en los libros de doctrina, presentes de bizarros amadores medio bachilleros, porque para este grupo el caballero de armadura diamantina estudia segundo año de latín, y en el infame castillo de los encantamientos se comen abominables garbarzos todas las tardes á la misma hora...

Pero es el mismo cuento: ¿quién lo duda? no ha cambiado más que de nombre; transformación sublime, tránsito triunfante de la falda corta á la larga enaguilla, de la estampa de Santa Teresa al cromo de «No me olvides!» de niña que se deja besar locamente, á hembrita que sonríe, que se asusta de sus ojeras, que aprende á jugar la boca y se pone jazmines en el seno y cintas de raso en la garganta.

Por lo demás, el dichoso cuento, conserva su espíritu de misterios, su lumínar de maravillas y el sublime terror de sus promesas.



¶ No formaré guirnalda con frescas flores
ni con flotantes tules haré doseles;
no buscaré en la aurora vivos fulgores
ni en el vergel florido rojos claveles.



No he de pedir al ritmo sonos vibrantes
ni á la apacible brisa blandos arrullos;
no querré de lenguaje frases amantes
ni del mar trasparente dulces murmullos.



Desdeño la blancura del niveo encaje
y del sol fecundante la luz ardiente;
no he de robar al ave rica plumaje
ni al vendabal furioso su voz rugiente.



¶ ¿Para qué, si es en vano que la poesía
mil encantos reuna con noble anhelo?
Tú sola lo eres todo: luz y armonía,
perfección en la tierra, musa en el cielo.

L. ANEÍROS PAZOS

CANTARES

El agua sobró en la fuente
cuando tu la despreciabas:
ahora que vienes sediento
no hay una gota de agua!



La constancia y los amores
van en trenes que se cruzan,
y saludándose pasan,
pero no se acercan nunca.

NARCISO DIAZ DE ESCOBAR



Perdónala, corazón,
que en el mundo los traidores
todos mueren á traición.



Y con todo esto, que es esencia y sangre de nuestra vida, se ha des-parramado por el mundo esta legión de ángeles soñadores; y luego ha sembrado la tierra de discretos apartes, de nidos ignorados, de oasis venturosos; y después ha huído de repente el encantado caballito, se ha extinguido en una noche sin término el lucero celeste de la bruja, y manos brutales han barrido impiamente los restos del naufragio.

Y aquí están, extraños, desolados, contemplándose, notas de terciopelo y caricins de raso, figuritas graciosas y hojarasca de flores; derrumbamientos de muchas almas y aquellarre de muchas alegrías muertas.

ADOLFO LUNA.

Nadie lo creyera,
nadie lo pensara
que tantas maldades pudieran hacerse
¡con aquella cara!

JOAQUÍN ALCAIDE DE ZAFRA

ADVERTENCIA

La correspondencia literaria debe dirigirse á la calle del Marqués de Santa Ana número 29, donde queda desde esta fecha instalada la Redacción de EL ALBUM.

Encargado exclusivo de la venta de EL ALBUM, en Madrid, Fidencio Isar, Puerta del Sol, núm. 14.

Impreso con tintas de la fábrica de Ch. Lorrilleux y Compañía, Santa Engracia, 14.

IMP. PARTICULAR DE EL ALBUM DE MADRID,
VILLANUEVA, 17.